

P. Beltrán, D. Fletcher, N.P. Gómez Serrano, J. San Valero y M. Tarradell, se contiene en la obra *Dos mil cien años de Valencia*, que recoge las conferencias organizadas por el Ateneo Mercantil de Valencia en 1962. Tampoco deben pasarse por alto las contribuciones incorporadas al *Primer Congreso de Historia del País Valenciano* (Valencia, 14-18 de abril de 1971, ed. 1976) y algunas interesantes monografías, como la de J. Esteve, *Valencia, fundación romana*, Valencia, 1978 o la de Enric Llobregat, *La primitiva cristiandat valenciana*, Valencia, 1977. En las últimas décadas la investigación se ha potenciado todavía más y las revistas científicas de ámbito valenciano recogen novedades sobre la ciudad antigua, como es el caso de *Archivo de Prehistoria Levantina (APL)*, *Saguntum* o *Saitabi*. Asimismo, en revistas nacionales y extranjeras se han publicado referencias que afectan a la Valencia romana.

LA ARQUEOLOGÍA EN LA CIUDAD DE VALENCIA

[JOSÉ LUIS JIMÉNEZ SALVADOR –UVEG–]

En ciudades como Valencia, con una historia más que bimilenaria sobre sus espaldas, la presencia de solares con restos arqueológicos constituye una estampa tan cotidiana en el paisaje urbano actual que a muy pocos llama la atención. Pero esa imagen que hoy nos parece tan habitual, no lo era hace tan sólo cuatro décadas, cuando apenas existía el concepto de arqueología urbana. Entonces sí representaba una novedad efectuar una excavación arqueológica en suelo urbano, cuyos restos, generalmente, se destruían o volvían a taparse. En estos casos, al menos, se tenía una cierta constancia de lo que había aparecido, lo que no sucedía en la mayoría de ocasiones en que el descubrimiento se producía en el transcurso de una obra y, lo más frecuente, se destruía u ocultaba sin llegar a darse a conocer.

Esta situación viene de muy atrás, porque del subsuelo de Valencia no han empezado a surgir vestigios arqueológicos sólo en las últimas décadas (RIBERA, 1998a). Las primeras referencias constatadas se remontan al siglo XVI, siempre alusivas al hallazgo de inscripciones romanas, aunque por entonces era muy escaso el interés que se concedía a los testimonios materiales de etapas anteriores de la ciudad, relegados a un papel irrelevante frente a la mayor importancia que poseía la interpretación de las fuentes grecolatinas asociadas con el Antiguo Testamento y combinadas con crónicas falsas, como ya se ha visto en el capítulo precedente en el caso de la obra de Beuter *Crónica General de toda España* (1546).

Por esos mismos derroteros discurrió el siglo XVII, en el que se publicaron dos obras casi coetáneas, por una parte las *Décadas* de Escolano (1610-1611) y, por otra, los *Anales* de Diago (1613), con un contenido muy similar en ambas, aunque tratado de forma diferente, mucho más rigurosa en el caso de Escolano.

El año 1652 acogió el primer hito importante para la arqueología de Valencia, ya que al realizar las zanjas de los cimientos de la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados se exhumaron diversos restos arqueológicos, destacando varias inscripciones, así como elementos de decoración arquitectónica que el entonces secretario del Santo Oficio de la Inquisición, Joseph Vicente del Olmo, describió un año después en su obra *La Lithología o*



Explicación de las piezas y otras Antigüedades halladas en las zanjas que se abrieron para los fundamentos de la Capilla de nuestra Señora de los Desamparados de Valencia. El detalle con que Del Olmo realizó las descripciones acompañadas de algunos dibujos no tenía parangón en esa época, a pesar de que siguió haciéndose eco de varios de los fantasiosos relatos de Beuter y Diago. Por otra parte, la decisión de incluir las inscripciones romanas recuperadas en el zócalo de la fachada principal de la basílica, hoy apenas legibles, merece considerarse como el primer intento de puesta en valor de unos hallazgos tan antiguos, algo absolutamente impensable en aquellos tiempos y que sólo en las últimas décadas ha adquirido un considerable auge.

Hasta bien entrado el siglo de las Luces no se contó con un nuevo trabajo digno de mención, debido a Pascual Esclapés y titulado *Resumen historial de la fundación, i antigüedad de la ciudad de Valencia* (1738), en el que se aprecia el peso que todavía tenían las tesis de Beuter y Diago, lo que le valió las críticas por parte de fray José Teixidor, erudito bibliotecario del convento de Predicadors (1767). Desde el punto de vista material, parecía que sólo interesaban los hallazgos de nuevas inscripciones, de las que una buena parte fueron a parar al Museo de Bellas Artes.

Hubo que esperar al siglo XIX para encontrar trabajos que superaron definitivamente el estadio representado por las obras cargadas de fantasía. Así, en 1836, Cortés fue el primer estudioso en proponer un recinto para la ciudad romana, reducido a las inmediaciones de la catedral. Roc Chabàs (1897) también efectuó comentarios alusivos a la topografía de la ciudad romana, situando un foro en el entorno de la catedral, que no sería el único, ya que planteó la existencia de otro foro, el boario, siguiendo el ejemplo de Roma y que se ubicaría en la zona de la Boatella, nombre alusivo a esta función. A pesar de estos apuntes de carácter topográfico, en los estudios publicados en el siglo XIX continuaron prevaleciendo los aspectos de carácter histórico, como la supuesta correspondencia entre *Tyris* y *Valentia* o la interpretación de los *veteres* y *veterani*. Por lo que atañe a hallazgos arqueológicos, algunas obras de especial importancia para el desarrollo de la ciudad, como la demolición de la muralla en 1865 o la apertura de la calle de la Paz, propiciaron importantes descubrimientos. El derribo de la muralla provocó el hallazgo casual de varias tumbas judías en la calle del Puerto (hoy Cirilo Amorós), lo que dio pie a la realización en 1890 de la primera excavación propiamente arqueológica. La realización de un dibujo con la planta y sección de las tumbas a cargo de la delegación municipal de monumentos representó todo un precedente. En la calle de la Paz se registraron importantes hallazgos bajo la supervisión de Luis Tramoyeres desde 1899, destacando una escultura ro-

El año 1652 acogió el primer hito importante para la arqueología de Valencia, ya que al realizar las zanjas de los cimientos de la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados se exhumaron diversos restos arqueológicos, destacando varias inscripciones, así como elementos de decoración arquitectónica que el entonces secretario del Santo Oficio de la Inquisición, Joseph Vicente del Olmo, describió un año después en su obra *La Lithología o Explicación de las piezas y otras Antigüedades halladas en las zanjas que se abrieron para los fundamentos de la Capilla de nuestra Señora de los Desamparados de Valencia*. El detalle con que Del Olmo realizó las descripciones acompañadas de algunos dibujos no tenía parangón en esa época, a pesar de que siguió haciéndose eco de varios de los fantasiosos relatos de Beuter y Diago. Por otra parte, la decisión de incluir las inscripciones romanas recuperadas en el zócalo de la fachada principal de la basílica, hoy apenas legibles, merece considerarse como el primer intento de puesta en valor de unos hallazgos tan antiguos, algo absolutamente impensable en aquellos tiempos y que sólo en las últimas décadas ha adquirido un considerable auge.

Inscripciones empotradas en la fachada de la basílica de Nuestra Señora de los Desamparados, Valencia.

Foto: J.L. Jiménez.

Nicolau Primitiu Gómez Serrano, que realizó una meritoria labor entre 1920 y 1950 en un contexto todavía muy poco propicio para el ejercicio de la arqueología de forma planificada, fue el primero en llamar la atención sobre el potencial arqueológico de la plaza de la Almoina y gracias a su labor se dieron los primeros pasos para el conocimiento arqueológico de elementos tan variados como el acueducto romano, el cementerio visigodo o las murallas y el alcázar islámico.

Vista aérea del solar de la Almoina.
Archivo SIAM.

mana marmórea representando un posible atleta que hoy se exhibe en el Museo de Bellas Artes.

El estudio de la topografía antigua de Valencia, que en el siglo XIX había comenzado a deparar aportaciones de interés, fue retomado por Rodrigo Pertegás (1922), quien por vez primera consiguió poner un cierto orden sobre la cuestión de los dos brazos del Turia a su paso por Valencia, que ya había sido abordada por otros autores de forma menos objetiva.

El primer gran impulso de la arqueología en Valencia se debe a Nicolau Primitiu Gómez Serrano, que realizó una meritoria labor entre 1920 y 1950 en un contexto todavía muy poco propicio para el ejercicio de la arqueología de forma planificada (GÓMEZ, 1997). Adelantándose a lo que sólo ha alcanzado el tratamiento adecuado a finales del siglo XX, Gómez Serrano ejerció una supervisión de las importantes obras de infraestructura de la ciudad, como la red de alcantarillado iniciada en 1929 o la construcción de refugios antiaéreos en el transcurso de la Guerra Civil. Ya en la década de los 40 estuvo al tanto de los hallazgos en la torre oeste del Palau de la Generalitat y de los primeros trabajos en la necrópolis de la Boatella. Asimismo, fue el primero en llamar la atención sobre el potencial arqueológico de la plaza de la Almoina y gracias a su labor se dieron los primeros pasos para el conocimiento arqueológico de elementos tan variados como el acueducto romano, el cementerio visigodo o las murallas y el alcázar islámico. De todos estos trabajos dejó constancia escrita, acompañada de numerosos croquis y





planos con el apoyo del Centro de Cultura Valenciana; una documentación sin precedentes de la que todavía hoy se sigue sacando provecho. Nada menos, habría que remontarse a la publicación de Del Olmo de 1653 para poder comparar el alcance de sus investigaciones, que proporcionaron el primer análisis sistemático de la arqueología en la ciudad de Valencia.

La implicación efectiva del ayuntamiento de Valencia con la arqueología de la ciudad llegó fruto de un hallazgo casual acaecido en 1945 y cerca del mercado Central, un cementerio romano conocido como de la Boatella, descubrimiento producido en el transcurso de las obras para la apertura de la avenida del Oeste. A instancias del entonces Ministerio de Educación Nacional y en concreto, de su dirección general de Bellas Artes, en 1947 se creó la Comisaría Local de Excavaciones Arqueológicas de Valencia, de la que se hizo cargo José Llorca, funcionario del ayuntamiento de Valencia. Un año después, en 1948, el ayuntamiento creó el Servicio de Investigación Arqueológica (SIAM), cuya competencia se vería ampliada al año siguiente a lo que entonces se denominaba «Gran Valencia» y hoy se conoce como área metropolitana (RIBERA *et al.*, 1998).

Lo que debía haber marcado un antes y un después en la manera de supervisar la arqueología de la ciudad no llegó a adquirir el desarrollo adecuado que cabía esperar, pese a que incluso se aprobó en 1951 una normativa de protección arqueológica, poco menos que vanguardista para su época, al prohibir el uso de maquinaria en todo el centro histórico, obligando a realizar a mano los trabajos de vaciado de solares. Pero en la práctica, la labor de supervisión se limitaba a recoger algunos materiales, sobre todo cerámicas, sin haber procurado el control sobre la forma de actuar de los operarios. Las intervenciones arqueológicas en toda regla se limitaron a la ya referida necrópolis de la Boatella, que salvo algún paréntesis se prolongaron hasta 1963, y las de la plaza de la Virgen en 1959 y 1960. Menor entidad tuvieron otras que depararon el descubrimiento de varias tumbas romanas en la calle Russafa y en Orriols.

Desde el siglo XVII se venían registrando hallazgos numismáticos que sólo empezaron a controlarse casi mediado el siglo XX y que habían dado pie a interpretaciones en su mayor parte erróneas. El considerable volumen de monedas recuperadas a lo largo de ese tiempo permitió a Mateu i Llopis realizar un estudio sobre la ceca de *Valentia* (1953), suponiendo un gran avance en el conjunto de investigaciones arqueológicas sobre Valencia romana.

La implicación efectiva del ayuntamiento de Valencia con la arqueología de la ciudad llegó fruto de un hallazgo casual acaecido en 1945 y cerca del mercado Central, un cementerio romano conocido como de la Boatella, descubrimiento producido en el transcurso de las obras para la apertura de la avenida del Oeste.

Primeros hallazgos en las excavaciones en la necrópolis de la Boatella realizadas en los años 40 del siglo pasado. Archivo SIAM.

La década de los 60 del siglo pasado significó para la ciudad una etapa, primero, de recuperación tras la desastrosa riada de 1957 y también de expansión urbana, lo que se tradujo en un aumento considerable de obras. Desde el punto de vista cultural, Valencia cumplía en 1962 el 2.100 aniversario de la fundación de la colonia romana, efeméride que dio lugar a la realización de diversos actos académicos y publicaciones por parte de algunas instituciones, como la Universitat de València o el Ateneo Mercantil, pero el sentimiento de celebración quedó mermado porque entre la elite cultural valenciana seguía sin existir una postura unánime en torno a la antigüedad de la urbe romana. Con independencia de ello, la incorporación de Miquel Tarradell al departamento de arqueología de la Universitat de València significó una mayor implicación de la institución universitaria en la arqueología de la ciudad, con aportaciones de especial relevancia, como la primera síntesis arqueológica de *Valentia* a cargo del propio Tarradell (1962), en la que quedaron sentadas las bases sobre las que se ha proyectado la investigación que viene realizándose en las últimas décadas. Ese mismo año marcó el inicio de una publicación periódica a cargo de la universidad, la revista *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia (PLAV)*, que viene manteniéndose hasta la actualidad. El primer número estuvo dedicado precisamente a la fundación de *Valentia* con aportaciones destacadas de Enrique Llobregat, Domingo Fletcher y Enrique Pla sobre los orígenes de la ciudad y su entorno junto con el primer estudio sobre materiales arqueológicos procedentes de las excavaciones en el Palau de la Generalitat, a cargo de Gabriela Martín. Como ya se ha apuntado en el apartado precedente, el Ateneo Mercantil se sumó a la conmemoración del 2.100 aniversario de la ciudad con la organización de un ciclo de conferencias, publicadas poco después.

El servicio de investigación prehistórica de la Diputación Provincial de Valencia, que ya había tenido presencia en las investigaciones referidas a la ciudad, principalmente a través de Domingo Fletcher, contribuyó con la excavación de Santiago Brú en 1963 en el *fossaret* de la catedral (BRU, 1966). Pocos años después, en 1966, el departamento de arqueología de la universidad realizó una excavación arqueológica en la plaza de la Reina que aportó nuevas evidencias sobre la primera etapa de la ciudad romana (MARTÍN, 1974).

Merced a estas importantes aportaciones, *Valentia* comenzó a ser objeto de alguna atención por parte de investigadores foráneos en lo referente a la antigüedad y carácter de la fundación romana, así como la cuestión de los *veterani* y *veteres*, pero con un desconocimiento general de las evidencias arqueológicas, que a finales de los sesenta y comienzo de los setenta, ya eran merecedoras de una mayor consideración frente a la dependencia casi exclusiva de las fuentes escritas.

Una consecuencia del mayor número de datos y de referencias, fue la realización de síntesis y recopilaciones (ROSSELLÓ, 1980; LLOBREGAT, 1980), destacando la que Pereira elaboró sobre las inscripciones romanas (PEREIRA, 1979); aunque no siempre dieron el fruto que cabía esperar (ESTEVE, 1978).

Desde el punto de vista patrimonial, los avances en las investigaciones arqueológicas no se vieron acompañados de una política de salvaguarda de los restos. A lo largo de los sesenta del siglo pasado, se produjo una creciente relajación en las labores de supervisión de solares al mismo tiempo que se obviaba la normativa municipal concerniente a la prohibición del empleo de maquinaria pesada; lo que provocó episodios funestos para la arqueolo-



gía de la ciudad, como la construcción del aparcamiento subterráneo de la plaza de la Reina sobre las murallas romanas o la construcción del Corte Inglés, sobre una parte del cementerio judío. Esta situación llegó al límite en la década siguiente con la jubilación en 1973 de J. Llorca, que seguía como único encargado de la supervisión de solares. A los graves hechos ya señalados, siguió otra cadena de actuaciones desdichadas, principalmente en Ciutat Vella, y de las que tampoco se libraron otras zonas como la del Palau Reial que fue invadida por grandes bloques de fincas con sus correspondientes aparcamientos subterráneos; un panorama negativo que se vería completado con la realización de algunas excavaciones arqueológicas no publicadas, con la consiguiente pérdida de información.

Las elecciones municipales de 1979 inauguraron una nueva etapa que, afortunadamente, ha resultado más propicia para la protección del patrimonio arqueológico de la ciudad. La primera y principal consecuencia fue la nueva puesta en marcha del SIAM en 1981 con un personal técnico muy joven, conocedor de la metodología de arqueología urbana más avanzada que en esos momentos se aplicaba en otras ciudades europeas, y que en España empezaba a ponerse en práctica. Cada intervención realizada en la ciudad debía entenderse no de forma aislada, sino como integrante de un yacimiento único, en este caso la ciudad de Valencia, con entidad histórica propia. Asimismo, resultó de gran importancia la elaboración de una normativa de protección arqueológica, en un primer momento (1983) referida al centro histórico y extensiva a todo el término municipal tras la aprobación del PGOU en 1988.

El balance de esta nueva etapa puede considerarse positivo en general, aunque la propia dinámica de las intervenciones ha generado problemas a los que ha habido que ir haciendo frente. La declaración de diversas zonas de protección arqueológica en el PGOU de Valencia de 1988, determinó para todo nuevo proyecto de obra la obligación de incluir con carácter previo un informe arqueológico. Desde entonces se ha venido registrando un notable incremento del número de intervenciones cuyo proceso de tramitación se ha ido dilatando, debido en buena medida al desfase de las partidas presupuestarias en relación con el número creciente de intervenciones; lo que ha causado mayores retrasos en el plazo de ejecución de obras con el

Fosa común perteneciente al cementerio judío y descubierta en 1994 en la calle Monjas de Santa Catalina. Archivo SIAM.

consiguiente perjuicio económico para los promotores. Esta situación, agudizada en el inicio de los noventa del siglo pasado, ha provocado que muchos promotores asumiesen el coste de la intervención arqueológica a cambio de acortar los plazos de tramitación. Con este procedimiento, no sólo se ha mantenido el ritmo de intervenciones sino que en el trienio 1995-1997 se ha doblado su número, cerca de sesenta por año, cuando en los años precedentes rara vez se había aproximado a treinta. La Ley 4/1998 de 11 de junio, del Patrimonio Cultural Valenciano (DOGV de 18 de junio de 1998), y en concreto su artículo 62.1, pretendió resolver de una vez por todas el problema de la financiación de la arqueología preventiva, recayendo sobre los promotores de obra, tanto pública como privada, el coste de los trabajos arqueológicos. La consecuencia inmediata de la aplicación de este precepto legal ha sido el aumento espectacular del número de intervenciones, favorecido además por el *boom* inmobiliario, pero que en el caso de Valencia ha tenido como parte negativa la pérdida del control que ejercía el SIAM sobre la actividad arqueológica desarrollada en su término municipal por medio de un registro único de todas las intervenciones urbanas, con la consiguiente dispersión de datos y las mayores dificultades para acceder a todo ese cúmulo de información. Afortunadamente, tras unos años de pérdida del concepto de yacimiento y registro único, va recuperándose el control de la actividad arqueológica urbana en Valencia con un planteamiento basado en el desarrollo del Archivo del Suelo, un proyecto impulsado desde el SIAM con la finalidad de gestionar de manera global toda la información procedente de las excavaciones urbanas sobre un soporte cartográfico común (MARTÍ-PASCUAL, 2005). Este nuevo rumbo ha coincidido con la puesta en funcionamiento de las nuevas instalaciones del servicio municipal de arqueología, más acordes con la dimensión que ha adquirido la gestión en la etapa más reciente.

Si por algo ha destacado la arqueología urbana realizada en Valencia en los últimos años ha sido por el espectacular avance registrado en el conocimiento de la ciudad romana, y en concreto de su fase fundacional, situada a partir del 138 a.C. y hasta el 75 a.C., cuando en el fragor de las guerras sertorianas, la colonia latina sucumbió ante las tropas de Pompeyo. Una ciudad que tras una etapa de letargo adquirió una imagen renovada con la inclusión de edificios de gran porte, como el circo, cuya existencia ni siquiera se sospechaba hace poco más de una década. Sin duda, el descubrimiento de este edificio ha constituido una de las aportaciones más relevantes de la etapa más reciente de la arqueología urbana en Valencia. La forma como se ha llegado a identificar esta construcción, cuyo mérito hay que asignar a Albert Ribera (1998b; 2001), constituye un ejemplo precioso de cómo una actividad arqueológica de salvamento, desarrollada a lo largo de una década, puede proporcionar unos magníficos resultados. Partiendo de una serie de intervenciones nada espectaculares en cuanto a sus logros, tanto en vestigios arquitectónicos como en materiales muebles, ha podido culminarse una investigación que no hubiera sido posible sin la aportación de esas labores arqueológicas rutinarias, nada atractivas para quienes piensan que la arqueología, si no alcanza resultados equiparables a los de Indiana Jones, es una actividad intrascendente y molesta si además se desarrolla en un medio urbano, como es Valencia. Ejemplos como éste deberían contribuir a valorar en su justa medida la importancia de la investigación arqueológica para el conocimiento de la historia, en este caso, de la ciudad de Valencia. Desgraciadamente, los vestigios del circo romano documentados hasta ahora



Si por algo ha destacado la arqueología urbana realizada en Valencia en los últimos años ha sido por el espectacular avance registrado en el conocimiento de la ciudad romana, y en concreto de su fase fundacional, situada a partir del 138 a.C. y hasta el 75 a.C., cuando en el fragor de las guerras sertorianas, la colonia latina sucumbió ante las tropas de Pompeyo. Una ciudad que tras una etapa de letargo adquirió una imagen renovada con la inclusión de edificios de gran porte, como el circo, cuya existencia ni siquiera se sospechaba hace poco más de una década. Sin duda, el descubrimiento de este edificio ha constituido una de las aportaciones más relevantes de la etapa más reciente de la arqueología urbana en Valencia.

Restos de la cabecera del circo romano descubiertos en la calle de la Paz en 1995. Archivo SIAM.



La Valencia islámica ha ido aportando testimonios materiales en forma de lienzos de muralla; espacios de poder, representados principalmente por el alcázar, cuyos restos se han documentado en la parte oriental de la catedral, en los alrededores de las plazas de la Almoina y del Arzobispo; las necrópolis situadas extramuros, además de un cementerio nobiliar o *rawdā* localizado en el centro de la ciudad, cerca del alcázar y, por supuesto, los espacios de producción artesanal con el complemento de algún hallazgo de especial singularidad, como es el caso de un molino harinero de tracción hidráulica en la calle Salvador Giner, con una datación en el siglo X o incluso algo anterior.

Molino harinero de época califal descubierto en la calle Salvador Giner en 1997. Archivo SIAM.

no han sido objeto de ninguna actuación de puesta en valor, con la excepción de los restos del muro de la *spina* y gradas constatados en la intervención arqueológica realizada en 1996 en la iglesia de San Juan del Hospital. Un elemento tan importante para la historia de la ciudad, con un valor equiparable al que puede tener el presente *Coso de la calle Xàtiva*, debería haber merecido algún tipo de procedimiento destinado a preservar su memoria en la trama urbana actual.

Uno de los aspectos más positivos de la actividad arqueológica desarrollada en las tres últimas décadas en Valencia ha radicado en la superación de la acusada tendencia a primar la ciudad romana frente a otras etapas históricas. Así, la Valencia islámica ha ido aportando testimonios materiales en forma de lienzos de muralla; espacios de poder, representados principalmente por el alcázar, cuyos restos se han documentado en la parte oriental de la catedral, en los alrededores de las plazas de la Almoina y del Arzobispo; las necrópolis situadas extramuros, además de un cementerio nobiliar o *rawdā* localizado en el centro de la ciudad, cerca del alcázar y, por supuesto, los espacios de producción artesanal con el complemento de algún hallazgo de especial singularidad, como es el caso de un molino harinero de tracción hidráulica en la calle Salvador Giner, con una datación en el siglo X o incluso algo anterior. Este descubrimiento ha permitido apuntar una posible fecha para la construcción de la acequia de Rovella, constituyendo un hermoso ejemplo de las posibilidades del registro arqueológico a la hora de construir el discurso histórico de la ciudad de Valencia.

Otro tanto cabría decir de las transformaciones urbanas tras la conquista que empezaron por afectar a la muralla islámica, extendiéndose a otros ámbitos, caso del Almudín, cuyo emplazamiento en la parte trasera del alcázar musulmán fue establecido por Jaime I en 1261. Este edificio fue objeto de una exhaustiva intervención arqueológica en 1993 que ha permitido descifrar una secuencia histórica más compleja de lo que cabía esperar.

Pero el incremento de la actividad arqueológica en las últimas décadas no ha estado exento de polémica. Probablemente, uno de los casos más sonados lo constituya la intervención arqueológica realizada entre 1986 y 1989, motivada por la construcción del colector norte, a lo largo de la calle General Elío y que dio como resultado el descubrimiento de la fachada oriental del Palau Reial (ALGARRA *et al.*, 2006). El hecho de que la intervención afectara a una arteria vital para el tráfico rodado, suscitó una larga y exacerbada polémica acerca del destino de estos restos arqueológicos. Finalmente, se optó por enterrarlos de nuevo de una forma que permita una futura exhumación. En 2004 se dio la feliz circunstancia del descubrimiento efectuado en un archivo parisino por Josep Vicent Boira de los planos originales del palacio realizados en 1802 por Manuel Caballero (BOIRA, 2006). Se trata de un documento de gran valor al ofrecer el estado del inmueble palaciego previo a su derribo acaecido en 1810 con el pretexto de evitar su utilización como plaza fuerte por parte de las tropas francesas que asediaban Valencia. Una nueva controversia se ha suscitado tras la reciente decisión de excavar el entorno de la *Muntanyeta*, en el Jardín de Viveros, donde se amontonaron los restos derruidos en 1810.

Otro episodio más que discutible lo constituyó la paralización en 1996 de la excavación arqueológica de un importante sector de la necrópolis judía medieval de Valencia, en un solar comprendido entre las calles Doctor Romagosa y Monjas de Santa Catalina, cuyos restos humanos recuperados fueron trasladados para su reinterhumación al cementerio judío de



El incremento de la actividad arqueológica en las últimas décadas no ha estado exento de polémica. Probablemente, uno de los casos más sonados lo constituya la intervención arqueológica realizada entre 1986 y 1989, motivada por la construcción del colector norte, a lo largo de la calle General Elío y que dio como resultado el descubrimiento de la fachada oriental del Palau Reial. El hecho de que la intervención afectara a una arteria vital para el tráfico rodado, suscitó una larga y exacerbada polémica acerca del destino de estos restos arqueológicos. Finalmente, se optó por enterrarlos de nuevo de una forma que permita una futura exhumación.

Aspecto general de la excavación del Palau Reial en 1986. Archivo SIAM.

Barcelona, impidiéndose el estudio científico pertinente y posterior puesta a disposición de la sociedad de los conocimientos obtenidos. La Generalitat valenciana y el ayuntamiento de Valencia antepusieron las exigencias religiosas de diversas comunidades judías al cumplimiento de lo establecido en la Constitución Española de 1978, así como en la Ley del Patrimonio Histórico Español de 1985 en materia de excavaciones arqueológicas y en el acuerdo de cooperación del Estado español con las comunidades israelitas, Ley 24/1992. La Sindicatura de Greuges dictó una resolución en la que se mostraba su total discrepancia con la medida adoptada por las administraciones autonómica y municipal, al considerar que sólo se tuvo en cuenta la libertad religiosa con total sacrificio al derecho a la cultura de la ciudadanía (JIMÉNEZ-MATA, 2001). Cierra este apartado de actuaciones polémicas la infructuosa y esperpéntica búsqueda 'arqueológica' de los restos de Lluís Santàngel en 1995, que quedaría en mera anécdota de no haberse invertido fondos públicos.



Si bien el grueso de la actividad arqueológica desarrollada en Valencia en las tres últimas décadas ha correspondido a la iniciativa del servicio municipal de arqueología, la Generalitat valenciana a través de la Conselleria de Cultura ha acometido algunas intervenciones arqueológicas de notable relevancia, caso del convento del Carmen, San Miguel de los Reyes o la estación del metro de la plaza de los Pinazo. La Universitat de València también ha contribuido en los últimos años a esta empresa arqueológica, primero, con la intervención realizada en el edificio histórico de la Nau y la más reciente en el Palau Cerveró, sede del Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero.

Resulta pertinente concluir con una mención especial para el solar de la Almoina, sin duda, el exponente más destacado de la etapa más reciente de actividad arqueológica en la ciudad de Valencia. El desarrollo y culminación de las labores arqueológicas iniciadas en los primeros años de la década de los ochenta del siglo pasado ha confirmado su condición de *sancta sanctorum* de la memoria colectiva de la ciudad presentada bajo la forma de un espacio arqueológico que ya ha obtenido un importante galardón internacional. Utilizando un símil deportivo, esta feliz consecución no ha de verse como meta final de ninguna carrera, sino como testigo de un nuevo relevo que deberá proseguir en la hermosa tarea de reconstruir nuestro pasado.

La Universitat de València también ha contribuido en los últimos años a esta empresa arqueológica, primero, con la intervención realizada en el edificio histórico de la Nau y la más reciente en el Palau Cerveró, sede del Instituto de Historia de la Medicina y de la Ciencia López Piñero.

Restos del Bany d'en Sanou (1321-1622), descubiertos en el subsuelo del Palau Cerveró. Universitat de València.